

Muisca

Efraín Sánchez
Museo del Oro

Hay algo extraordinario en torno a los muisca, habitantes de las altas planicies de la cordillera Oriental. Ninguna otra sociedad prehispánica de Colombia ejerció tanto influjo sobre la imaginación de los conquistadores, y sobre ninguna otra escribieron con igual profusión los cronistas. Los muisca y su territorio fueron el objeto original del mayor de los mitos de la conquista de América, el mito de El Dorado. En busca del país de El Dorado partió de Santa Marta Gonzalo Jiménez de Quesada en 1535 a descubrir el incógnito interior del norte de Sur América. Lo mismo hicieron Sebastián de Belalcázar desde Quito, y los alemanes de Nicolás de Federman desde Coro, Venezuela. En efecto lo hallaron, pero no era lo que imaginaban, y la realidad dio paso al mito. La indagación continuó, y en 1541 Francisco de Orellana lo buscó por el Napo y el Amazonas, Sir Walter Raleigh en la Guayana en 1595, y Pêro Coelho de Souza al norte de Pernambuco en 1603. John Milton habló de él en El paraíso perdido, y Voltaire en Candide. A mediados del siglo XIX, El Dorado se convirtió en símbolo de la fiebre del oro en California, y se dio su nombre a uno de los condados donde más abundaba. En el propio país de El Dorado, país de paradojas, una región donde se le halló muy fino y copioso, en el departamento de Santander, recibió el nombre de California.

Pero no fue sólo la leyenda de El Dorado lo que motivó a españoles y alemanes a converger en la sabana de Bogotá. Refiere el Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada que los españoles de Cartagena y Santa Marta habían oído "por lengua de indios", que muy adentro, viajando por el Magdalena, "había



grandes riquezas y grandes provincias y señores dellas". Lo mismo decían los indios de Venezuela, y los de Uruparí, o quizás Yuruparí, en las remotas selvas del Orinoco, donde se hablaba de "una provincia poderosa y rica que se llama Meta". Al llegar a la sabana de Bogotá, luego de meses de penalidades sin cuento, escribió Juan de Castellanos, los conquistadores descubrieron "grandiosas poblaciones" con "soberbios y vistosos edificios" que parecían inexpugnables fortalezas, por lo cual llamaron a la planicie Valle de los Alcázares". Al acumular en un patio las riquezas de un pueblo de otra planicie, Tunja, exclamaron los conquistadores según el propio Castellanos: "¡Pirú! ¡Pirú! ¡Pirú! Buen licenciado, / que, ivoto a tal! que es otro Caxamalca".

Lo que hallaron los conquistadores en este paraje de los Andes los impulsó a establecer allí la capital del Nuevo Reino de Granada, hecho singular pues la ciudad que fundaron quedaba a más de 250 leguas, y hasta tres meses de navegación en piragua por el Magdalena, de la puerta más próxima hacia el mundo exterior.

"Tierra buena, tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena", fueron palabras que Castellanos puso en boca de los conquistadores para describir el territorio muisca. Con una longitud de más de 300 kilómetros y extendido en la cima de la parte más ancha de la cordillera Oriental, se prolonga desde el ventoso páramo de Sumapaz, en el sur, hasta los primeros contrafuertes de la Sierra Nevada del Cocuy. Su eje es el altiplano Cundiboyacense, sucesión de planicies y valles de pintoresco paisaje, admirable fertilidad y abundantes aguas que corren por multitud de ríos y quebradas o se depositan en cientos de lagunas y pantanos. Con alturas que oscilan entre los 2.500 y los 2.800 metros sobre el nivel del mar y rodeados o flanqueados por montañas que pueden alcanzar a más de 4.000 metros en algunos puntos, su clima es frío y sano, y las lluvias rara vez pasan de 1.000 milímetros en promedio anual. Hoy es la región de Colombia con mayor densidad de población, y todo indica que lo era también en el momento de la conquista. El geógrafo Joaquín Acosta calculó a mediados del siglo XIX la población indígena en 1.200.000 habitantes, cifra que, sin embargo, se considera actualmente algo alta.

Carente de volcanes o nevados, el agua fue al parecer el principal elemento que modeló el paisaje del altiplano cundiboyacense. Todas las planicies mayores son lechos de antiguos lagos pleistocénicos nivelados por lenta sedimentación en el curso de decenas de miles de años. La mayor de las planicies es la sabana de Bogotá, con más de 1.200 kilómetros cuadrados completamente llanos. La atraviesa el río Funza, o Bogotá, que recoge las aguas de más de veinte ríos y muchas otras corrientes, y se despeña luego con pavoroso estruendo en el salto de Tequendama, catarata de 157 metros de altura. Por el occidente los muiscas vivían bajo presión constante de los panches y pijaos, y según algunos su territorio no llegaba más allá de Tena, al suroccidente de Bogotá, aunque al parecer poco antes de la llegada de los españoles los caciques de Bogotá disputaban a los sutagaos la planicie templada de Fusagasugá. Por contraste, según toda evidencia, dominaban las rutas hacia los llanos Orientales desde el altiplano cundiboyacense.

La organización social y política de los habitantes de este vasto territorio está aún lejos de conocerse con exactitud. Desde el siglo XIX se ha discutido sobre qué querían decir los cronistas con expresiones como "grandiosas poblaciones", pues no se han hallado rastros de ciudades grandes. Gonzalo Fernández de Oviedo habla de una tierra "toda allí dividida en provincias y valles, y cada señor tiene su valle, y el valle y el señor un mismo nombre... Hay señores de diez mil vasallos, y tal que tiene veinte mil, y otros de a treinta mil. Tiene cada uno sus poblaciones derramadas por sus valles y territorios, de diez, de veinte, de treinta, de ciento, e más e menos casas cada pueblo". Las sociedades muiscas, cuya desconocida historia se remonta quizás al siglo VI o VII de nuestra era, carecían al parecer de homogeneidad política a la llegada de los españoles. De las crónicas se deduce cierta diferenciación entre el sur y el norte del altiplano cundiboyacense, dominados, respectivamente, por el zipa de Bogotá, que tenía su cercado principal en Bacatá, hoy Funza, y el zaque de Hunza o Tunja. En Iraca tenía su residencia Sugamuxi, descrito por los cronistas como "Sumo Sacerdote de la Nación Moxca", y cerca de allí un tercer gran señor del norte, el cacique Duitama.

Los fundamentos en que se sustentaba la existencia de estas sociedades eran la agricultura, principalmente de maíz, papas, cubios, habias, ají, ahuyama y quinoa, las manufacturas, particularmente la confección de textiles de algodón y la cerámica, la explotación de la sal y las esmeraldas, la minería del cobre, y el trueque, unidas estas actividades a un sistema de tributos y prestación de servicios a los señores.

En contraste con la política, las creencias y el culto parecen haber sido compartidos en todo el territorio. En las crónicas se describe una rica mitología, con dioses y héroes íntimamente relacionados con la luz solar, con el agua y con la protección del ser humano y sus actividades. En lugares escogidos se erigían templos dedicados al sol y a la luna. Sitios de ofrendas, aparte de los templos, eran también algunas cuevas, cumbres de cerros, y especialmente las lagunas. En el antiguo territorio muisca existen hoy más de 120 lagunas, y es de presumir que en la época anterior a la conquista su número fuera aún mayor. Las sagradas se hallan a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, y las principales eran las de Guatavita, Siecha, Teusacá, Guasca, Ubaque e Iguaque, esta última escenario de un mito relacionado con el origen del género humano. En la de Guatavita se verificaba la ceremonia de El Dorado, en que el heredero del cacicazgo, luego de años de ayuno en una cueva, sin ver mujer ni la luz del sol, tomaba posesión de su mandato con una gran ofrenda a los dioses.

Los testimonios materiales que hoy se conservan de las sociedades muiscas son relativamente numerosos, pero en modo alguno puede esperarse que hagan justicia a su vasta producción durante un período de ochocientos años o más. En algunos sitios pueden observarse desde el aire camellones y zanjas de cultivo, pero nada queda de sus viviendas o templos. En Saquenzipa, o El Infiernito, cerca de Villa de Leiva, hubo quizás un templo o sitio de observación solar, del cual quedan aún algunas columnas en pie. En los alrededores de Tunja y otras poblaciones de Boyacá hay también algunas piedras labradas similares a aquellas. Abundan en todo el territorio las pictografías rupestres, pintadas en rojo, blanco o negro sobre descomunales rocas aisladas, o en los muros de abrigos rocosos o cuevas. Se han hallado también esculturas en piedra con figura humana, las mayores de las cuales se descubrieron en Mongua, cerca de Sogamoso. En museos y colecciones privadas se conservan tallas menores en piedra blanda, algunas de gran perfección, y entre ellas sobresalen ciertos majadores con forma humana y diminutas figuras destinadas a servir de matrices para la elaboración de objetos de orfebrería. Además de hachas, manos de moler y metates, resaltan también entre los objetos utilitarios los volantes de huso, decorados con gran finura con motivos geométricos. De los materiales más perecederos quedan algunos textiles y figuras de madera y algunas momias notablemente bien preservadas.

Un hecho notable relacionado con la alfarería muisca es su extraordinaria continuidad en el tiempo. Hasta hace pocas décadas, cuando lo sustituyeron el aluminio y el plástico, el barro cocido era en Cundinamarca y Boyacá el material de infinidad de recipientes domésticos, y aun de juguetes infantiles. Pueblos como Ráquira, Tinjacá, Gachancipá y Tocancipá han sido centros alfareros durante más de mil años, y quizás su producción puede remontarse aun al primer milenio antes de nuestra era. La inmensa mayoría de objetos de cerámica elaborados en territorio muisca fueron piezas utilitarias, de formas simples y sin decoración alguna.

Entre los decorados y mejor acabados sobresalen las múcuras, recipientes de cuerpo esférico y cuello alto. Los ofrendatarios conforman una gran categoría de objetos de cerámica ritual. A veces son sencillos recipientes cilíndricos o troncocónicos carentes de decoración, pero suelen también tener forma humana, con la cabeza por tapa o cuello. Existen también copas altas con pedestal, cuencos, y recipientes en forma de barril o de zueco, ornamentados con figuritas de serpientes, ranas o lagartijas.

La representación de la figura humana en la cerámica muisca sigue un estilo muy característico. Los ojos y la boca consisten generalmente en sencillas protuberancias alargadas divididas por un surco. Sus dimensiones y forma son idénticas y están colocados de manera simétrica, dando al personaje un aspecto de profunda concentración. Suele aparecer la figura ornamentada con collares, a veces dispuestos en bandolera y con cuentas que figuran aves estilizadas o laminillas idénticas a las de la orfebrería, bonete, orejeras y nariguera, y sosteniendo con sus manos cuencos, bastones u otros objetos. Los brazos y las piernas se representan casi invariablemente como simples cordones modelados, adheridos al tronco de la figura sin guardar con ésta proporción alguna, como no la guarda tampoco la cabeza.

La rica orfebrería muisca desconcertó a los españoles por su exuberancia en los templos, no menos que por las leyendas que se tejían en torno a la grande opulencia de los caciques. El altiplano cundiboyacense no es una región aurífera, si bien en el siglo XIX parece haber existido minería de oro en un sitio bajo antiguo dominio muisca, Guateque, en el valle del río Mchetá. Lo había también en regiones aledañas, entre ellas Villeta, La Palma, Tocaima, El Cocuy, Muzo, Otromundo y Suratá. Lo más probable es que una parte considerable del oro de los objetos muisca procediera originalmente del río Saldaña y la región de Mariquita, en el Tolima. Muchas piezas son de gran pureza, pero el papel principal lo juega la tumbaga. En contraste con el oro, el cobre podía obtenerse en varios puntos del altiplano, entre ellos Ubalá, Gachetá, Manta, donde se producían en el siglo XIX campanas, calderos y estribos de montar, Nocaima, la región de Zipaquirá, Garagoa, toda la región de Tundama, Paime, Guatoque, y en las minas de Moniquirá. Pasca, en el confín sur del territorio muisca, y Guatavita, asiento de poderosos caciques, parecen haber sido importantes centros orfebres. En Pasca, aparte de la célebre "balsa muisca", se han encontrado variados implementos metalúrgicos, entre ellos sopladores de cerámica para avivar el fuego, matrices de piedra y mesitas de trabajo hechas de lajas.

Muchas piezas de orfebrería muisca son elementos de indumentaria ceremonial o ritual, como pectorales y orejeras. Algunas no son partes de atuendo, pero tienen también estrecha relación con el ritual, como las bandejas para rapé narcótico, que igualmente podrían ser objetos de ofrenda. En las piezas de ornamento personal el tema iconográfico dominante son las aves. De los bordes sobresalen cabezas de pájaros de picos encorvados, y las plumas parecen haber sido la base de los diseños geométricos, aun de los más complejos. Gerardo Reichel-Dolmatoff menciona la existencia entre muchas tribus actuales de escudos ceremoniales hechos de plumas, idénticos a los que dan forma a los bellos colgantes de orejera circulares con decoración calada de origen muisca. Este motivo se repite con frecuencia, y aparece por ejemplo en los grandes tocados de los pectorales con figura humana, y en especies de alfombras o esteras sobre las que aparecen personajes sentados en actitud ritual.

Una de las piezas más notables de orfebrería muisca es un pectoral en forma de ave de seis cabezas de corvo pico, sobre las cuales se sientan en cuclillas figuras humanas. Se asemeja en muchos aspectos a ciertos pectorales provenientes de la Sierra Nevada de Santa Marta, con cuyos habitantes tenían los muiscas afinidad lingüística.

Pero lo principal de la orfebrería muisca son figuras pequeñas que no guardan relación con la indumentaria, y que suelen describirse como exvotos. Esta palabra suele inducir a error, y ha generado una visión distorsionada de la metalurgia del altiplano cundiboyacense. Como se sabe, el exvoto, forma de arte popular de universal ocurrencia desde la más remota antigüedad, supone la fabricación en serie de figurinas en materiales baratos como arcilla, cera, papier-mâché, y ocasionalmente otros más valiosos como marfil y plata. Tales objetos son esencialmente de uso popular, y a menudo se elaboran sin mayor esmero. Nada de esto caracteriza a las llamadas "figuras votivas" muiscas. Muchas de ellas son de oro de gran pureza, y al parecer no todos tenían acceso a ellas, pues probablemente eran manejadas por especialistas que conocían su sentido. Además, en la colección del Museo del Oro es bajo el porcentaje de piezas elaboradas en serie por medio de matrices de piedra, y éstas son en su mayor parte cuentas de collar y adornos para pectorales. Adicionalmente, es debatible la supuesta tosquedad de estas figurinas. Es cierto que carecen de pulimento, pero es claro también que se trata de un rasgo deliberado, pues la tersura de las superficies no parece haber formado parte del lenguaje visual de los muiscas. Lejos de ser negligente, el orfebre muisca era extraordinariamente cuidadoso con los detalles, y cada figurina es un minucioso inventario de elementos culturalmente significativos. Además, casi todos estos objetos son fundidos a la cera perdida, y el pulimento podría echar a perder irremediablemente sus numerosos y finos detalles.

De estas figurinas las más frecuentes son las representaciones humanas, comúnmente conocidas como "tunjos". Por lo regular, aunque no siempre pues las hay de bulto redondo, son objetos planos y delgados compuestos por dos elementos cuneiformes sucesivos, el primero para la cabeza y el segundo para el cuerpo, con todos sus detalles, incluso los brazos y las piernas, formados por hilos más o menos gruesos. En ciertos casos el virtuosismo muisca en la técnica de la cera perdida llegó al punto de que algunas placas diminutas, narigueras y orejeras, que se mueven suspendidas de sus minúsculas argollas, fueran fundidas en su sitio simultáneamente con la pieza que las lleva. Los tunjos son figuras femeninas o masculinas, de pie, sentadas o en cuclillas, que representan personajes de afilados dientes y armados de arco y flechas y a veces con cabezas trofeo en sus manos, madres con su bebé en brazos, y otros con desconocidos atributos, todos ellos con el cuerpo desnudo de telas pero con toda su indumentaria de oro. Algunos personajes aparecen en cuclillas con los brazos entrelazados sobre las rodillas, en posición típicamente ritual. Hay también representaciones de animales, principalmente serpientes enroscadas u ondulantes, cuadrúpedos cuyo cuerpo, cola y cuello forman en verdad una serpiente, aves, particularmente rapaces, venados, jaguares, bebés acostados en sus cunas, y un sinnúmero de minúsculos elementos rituales o cotidianos, entre ellos tambores, poporos, propulsores y bastones con diversas formas y decoraciones.

Otros objetos son representaciones más complejas, a veces de carácter narrativo. Entre ellas resaltan un señor principal, de pie sobre una especie de parihuela, acompañado por dos personajes de menor estatura, un caimán con la cabeza de un hombre en su vientre, que para Gerardo Reichel-Dolmatoff puede

ser una imagen chamanística de renacimiento y purificación, y un intrigante hombre bicéfalo sentado sobre un escudo de plumas o estera redonda cercada por una cuerda sostenida por estacas y acompañado por dos personajes menores. Pero el mayor de estos objetos, y sin duda el más complejo, es la notable "**balsa muisca**", detallada representación de la ceremonia de El Dorado.

Bien podían todas estas figuras ser ofrendas, como cualquier otro objeto de oro o cerámica, el moque que se quemaba en las ceremonias, o el algodón que solía ponerse en las vasijas de barro cocido en que se han hallado muchas de ellas. Pero su esencia no se agota en su función religiosa. Son objetos artísticos, y es obvio que no eran simplemente para ofrendar en las lagunas o en las cavernas sin que importara la precisión del lenguaje figurativo. La orfebrería muisca transforma el universo, las cosas animadas e inanimadas, y las vuelve fantásticas, espectrales, aterradoras o sublimes. Mucho del expresionismo europeo de principios del siglo XX lo tuvieron los muiscas de los Andes cinco siglos antes, y de ahí que su arte no pueda verse con ojos de conquistador o de crítico neoclásico. El arte del país de **El Dorado**, como el de todo el mundo prehispánico, es un arte para ver y disfrutar con los ojos de la imaginación.